

de su control sobre las fuerzas físicas». Otro representante del idealismo alemán, Schelling, elaboró una teoría filosófica de la evolución orgánica que trataba de descubrir el curso «necesario» de la historia humana a partir de principios metafísicos. Goethe refutó la perfectibilidad. El camino intelectual no era el más adecuado para llegar a las puertas de la ciudad dorada: «Los hombres serán más inteligentes y juiciosos, pero no serán mejores, ni más felices, ni tendrán mayores energías, salvo en algunos períodos de tiempo.»

En la corriente posrevolucionaria del pensamiento francés, que Bury califica de «literatura reaccionaria», se advierte la lucha de la declinante providencia contra la doctrina del progreso. Chateaubriand, Bonald, De Maistre y Lamennais acataron el dogma de la primitiva edad feliz y la subsiguiente degradación, denunciando el pensamiento progresista de Bacon a Condorcet. Se produjo una rehabilitación intelectual del catolicismo.

Vico y su teoría de los tres estadios en la explicación de la historia es ahora, tardíamente, cuando influye. Guizot asoció progreso y civilización, y Saint-Simon, en la trayectoria de Condorcet, estipuló una «ley» en la que épocas de crítica y revolución se suceden alternativamente. Como la meta del desarrollo es la «felicidad social» y las clases trabajadoras forman la mayoría de la población, el primer paso ha de ser la mejora de las clases trabajadoras mediante el socialismo. Comte hizo más que ninguno de los pensadores precedentes —los citados y *Enfantin*, *Fourier*, *Owen*, *Hazard*— por situar la línea del progreso «como una luminaria». Su nueva ciencia (la sociología) tuvo por alma el progreso, del que quiso determinar sus leyes a través del positivismo. «El orden de la progresión humana dependerá principalmente del orden de avance de las convicciones intelectuales de la humanidad» (*Stuart Mill*). Este autor inglés usó del progreso sin afirmar que necesariamente implicara mejora. «Por lo que sabemos, no hay progreso en lo que podemos denominar cualidades morales innatas y específicas de la humanidad» (*Buckle*).

El movimiento revolucionario de la primera mitad del siglo XIX discutió los límites del poder y la libertad en términos de progreso, preguntándose a este efecto si era mejor la libertad personal o el Estado autoritario. El estudio de *Tocqueville* sobre la democracia americana fue el acontecimiento de 1834, pero la opinión de Bury es prescindible ahora. *Proudhon* creyó en la posibilidad futura de eliminar el poder público. La revolución francesa de 1848 desencadenó todas las utopías, y *Renan* admitió que los infortunios de nuestra especie habrían de ser remediados por la ciencia, pero atacó el credo de la igualdad entre los hombres.

Los resultados espectaculares del avance científico y técnico crearon familiaridad con el crecimiento indefinido del poder humano, base de la creencia general en el progreso prevaleciente en 1920 y encabezado por Inglaterra y su dominio del vapor, el gas, los ferrocarriles.

La idea de progreso siempre estuvo asociada a la de revolución y herejía, aunque *Southey* ya empezara a no querer disociar el progreso del conservadurismo de la Iglesia, y *Tennyson* buscó la catarsis a la pena individual en el progreso antes que en la religión o la naturaleza.

«Sería superfluo enumerar los descubrimientos e invenciones que desde 1850 han acortado el espacio, economizado el tiempo, mitigado el dolor corporal y reducido en algunos aspectos el desgaste de la vida, aunque lo hayan aumentado en otros», consignó Bury.

La mente se acostumbró al concepto de que la civilización era naturalmente progresista, pero también había que tener en cuenta la explotación y desgracia de los trabajadores industriales, los problemas de la intensa competencia económica y las pesadas cargas en la preparación de una guerra moderna. Ya Lotze sugirió en 1874 que los avances individuales en el saber y la organización de los negocios no se habían combinado hasta la fecha para incrementar la «felicidad humana» y que «cada paso adelante acarrearía un aumento de angustia».

Darwin (1859) condujo al tercer estadio en los avatares de la idea de progreso. Minó el dogma de la inmutabilidad de las especies y destronó al hombre de su posición privilegiada en el universo espacial, como ya ocurrió con el error del geocentrismo. Pero evolución por sí misma no significaba necesariamente, aplicada a la sociedad, que el hombre se moviera hacia una meta predeterminada: «Si se pudiese demostrar que la vida social obedece a las mismas leyes generales evolutivas que la naturaleza y también que este proceso supone un aumento de bienestar, el progreso sería una hipótesis tan válida como la evolución de las formas vivientes». Spencer extendió el principio de la evolución darwiniana a la ética, a la sociología, aunque otras voces (J. Huxley) se opusieron a este optimismo cósmico: «El progreso social supone resistencia al proceso cósmico en todo momento para sustituirlo por otro que pueda ser denominado progreso ético.»³

³ Bury, ob. cit.

⁴ José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad. Ed. Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid, 1966.*

⁵ *En 1970 abordé la inquietud del progreso en un ensayo mínimo, La frase de Protágoras en nuestro tiempo (incluido en el libro Acerca de la felicidad y la muerte, Ed. Planeta, 1972), pero ignoraba por entonces las investigaciones de J. A. Maravall, director precisamente de la revista donde primero apareció el trabajo (Cuadernos Hispanoamericanos). No ya por reparar esta laguna, sino para cubrir las insuficiencias generales de aquella primera aproximación es por lo que compongo el presente libro que, sin embargo, sólo amplía y confirma las intuiciones originales. Entiéndase la inserción del fragmento como un modesto homenaje a la memoria de Maravall.*

La visión hispánica

La ausencia total e injustificada de autores españoles en el madrugador panorama de Bury, cuyo apretado esquema sirvió aquí de punto de referencia básico para calibrar otras aproximaciones, quedó compensada por el aporte del historiador José Antonio Maravall en 1966⁴, que reinicia la exégesis y permite entrever determinados contrastes (y no debe olvidarse que tanto Bury como Maravall y luego Nisbet, a quienes estamos siguiendo para obtener un rápido y dialectalizado panorama, son a su vez recipiendarios de la ingente masa especulativa que en todo momento de la historia se ha centrado sobre la idea de progreso y que, para evitar repeticiones, no damos trasvasada en una pieza unitaria porque la formulación corresponde a épocas distintas, y cada época tiene su sabido talante particular).

En el período de entreguerras mundiales la idea de progreso sufrió críticas negativas, caracterizadas por Ortega como «crisis en la creencia de la razón». En España, los ensayos de García Morente respondieron a esta fase. Tales críticas, ya «insostenibles» —asegura Maravall—, tuvieron la consecuencia favorable de recortar la desbordada ilusión progresista⁵.

Lo que engendró el siglo XVI se convertirá en la genuina teoría europea del progreso. Rostow situó las mayores transformaciones en la época simbolizada por Newton y precedida por Galileo y Descartes y, antes, por Leonardo da Vinci, Copérnico, Colón, los Függer, Maquiavelo y, sobre todo, por «los españoles que incorporaron todo un mundo a la cultura e impusieron forzosamente la trasmisión de ésta bajo la presencia de un nuevo

continente e incluso de una nueva humanidad». La península ibérica tomó la iniciativa en la construcción de nuevos espacios, provocando el «estallido del mundo» (Chaunu).

«Cuando los hombres se encuentran en trance de profunda transformación es cuando en tales épocas críticas, temerosamente, evocan los espíritus pasados (...) con objeto de aparecer en la escena de la historia bajo tan respetable disfraz» (Marx). La frase es aplicable al siglo XVI. La batalla de la vuelta a la Antigüedad como programa de avance y perfeccionamiento comenzó en España e Italia y continuó y se ganó en Francia. En España fue planteada antes de que mediara el XVI, influyó en todos los campos del saber y apareció ligada a concepciones generales de tipo progresivo. El fondo de la disputa entre antiguos y modernos decidía si el paso del tiempo y de las generaciones comportaba perfección o decadencia. «Es lisonjera la novedad, hechiza el gusto», decía Gracián.

Por otra parte, contra la tendencia de ver en las crisis históricas cambios totales tras los que nada de lo anterior subsistiría, conviene considerar que cualquiera que fuese la gravedad de las transformaciones europeas en los siglos XVI y XVII subsistieron formas tradicionales con mayor peso y sólo a través de ellas se abrió paso la innovación. Esto explica que en los muchos cambios del XVI un escritor ofrezca al mismo tiempo exaltada defensa de lo nuevo y criterios adversos, entre otros, Antonio de Guevara. Una frase de Gabriel del Corral vale como principio general de un estado de espíritu: «toda novedad es peligrosa», y Calderón hizo decir despectivamente a uno de sus personajes: «está alimentado de novedades». Maravall estimó que la «conciencia de la novedad» no es parte de la idea de progreso, pero sí de su posibilidad.

Aristóteles aconsejó servirse de lo ya conocido y tratar de investigar lo que se había dejado de lado. Cicerón fue tal vez el primer hombre culto para quien los antiguos (griegos), en cuanto grupo de caracterización histórico-cultural, ejercieron función paradigmática, pero no quiso repetirlos, sino «ser sí mismo». Formuló el principio de que la naturaleza, de suyo, marchaba hacia adelante. En Lucrecio hubo clara conciencia de que el paso del tiempo traía muchas cosas nuevas. No valoró el presente ni el porvenir, gravados por el mito de la Edad de Oro. Marcial coincidió con Juvenal en su escaso interés por el legado antiguo. Y Séneca escribió: «Ya vendrá el tiempo en que salgan a la luz las cosas que ahora se ocultan y que la diligencia de otros siglos extraiga del seno de la tierra; no basta una sola edad para la investigación de tantas cosas.»

Bury consideró en su agnosticismo racionalista que sobre la herencia cultural del cristianismo no podía desarrollarse una idea de progreso. Pero unos años después cambia el estado de la cuestión (investigaciones de Collingwood, Daniélou, Mommsen). Maravall prestó atención a los escritores cristianos primitivos no porque ofrecieran una doctrina del progreso, sino más bien «porque en ellos aparece un sentido de la Historia, una concepción dinámica del acontecer, sobre cuya base podía suscitarse la idea de progreso cuando sobre ello coincidieran otros factores socio-culturales».

La concepción de la novedad se abrió a Occidente con el cristianismo, por lo que el «nada nuevo bajo el sol» del *Eclesiastés* supone una antinomia. La venida de Cristo es conciencia de cambio, razonó Prüm contra la tesis de Harnack y su escuela. «Pero si llegamos a la conclusión de que no existe —ni podía existir, claro está— una idea de progreso en el área natural de la historia humana, según el sistema del pensamiento agustiniano,